

*Nunca volverá a ser la misma*

Era miércoles 3 de julio de 2002. Paul Kelleher, un productor de teatro de treinta y siete años residente en Isleworth, al oeste de Londres, dejó a su hijo con una niñera y se dirigió al centro. Sabía que una estatua de Margaret Thatcher, encargada inicialmente para ocupar la Cámara de los Comunes, se exhibía temporalmente en la Guildhall Art Gallery. Según fuentes presenciales, una vez dentro del museo Kelleher esperó su oportunidad y, a la que pudo, sacó un bate de críquet de debajo de la gabardina y pegó un golpe a la estatua. El bate, sin embargo, rebotó en la cabeza de mármol, así que cogió una barra de metal y le dio de nuevo. Esta vez «todo, desde el cuello hacia arriba, saltó por los aires». Tras decapitar con éxito la estatua, Paul Kelleher se sentó en un banco y esperó en silencio a ser arrestado. «Creo que está mejor así», le dijo a la policía en cuanto llegó.

...

La fiscalía argumentó que era un «mal intencionado golpe publicitario» ejecutado por un hombre «que no era un ávido fan de la ex primera ministra». También dijo que era un acto de protesta en contra del capitalismo global. Al defenderse a sí mismo frente al tribunal, Paul Kelleher rechazó el cargo de daños criminales, argumentando que él no era ningún criminal. Dijo estar cada vez más preocupado por la clase de mundo en el que crecería su hijo y que llevó a cabo el ataque «para protegerle, poniendo de manifiesto los peligros a los que se enfrenta». Insistió que tenía una excusa muy legítima pues fue un acto contra las enfermedades que amenazan a nuestro sistema político. «La decapitación», aseguró, «estuvo legalmente justificada».

Al preguntarle sobre el incidente, el escultor Neil Simmons dijo que estaba «muy entristecido». También afirmó que tardó dos años en encontrar la pieza de mármol que fuese del tamaño adecuado para una escultura de 1,8 toneladas y 8 pies de altura; y que le costó completarla casi ocho meses y varias sesiones con la señora Thatcher.

Durante el juicio celebrado en Southwark Crown Court, el 19 de febrero de 2003, el magistrado George Bathurst-Norman admitió que era difícil juzgar a personas con ideas profundamente arraigadas como Paul Kelleher. «No dudo de la sinceridad de sus creencias», dijo el magistrado, «muchas personas las comparten, sobretodo en relación con lo que está sucediendo en los países del tercer mundo, y yo sería la última persona en negar a alguien el derecho a la libertad de expresión y a protestar contra algo si así lo cree. Pero cuando se protesta hay una vía correcta y adecuada y otra equivocada para hacerlo. Una multitud se unió el sábado pasado para manifestarse contra la guerra de Irak y fue el modo correcto de hacerse oír. Pero su decisión de arrancar la cabeza a la valiosa estatua de un político que dejó el poder hace diez años y cuyo partido ya no está en el Gobierno fue realmente inadecuada. Sean cuales sean sus creencias, los demás tienen el derecho a exigir que respeten su propiedad. Si esto no sucede, la corte debe velar por su protección. En estas circunstancias, a usted y a quienes como usted puedan estar tentados de seguir el curso de sus creencias, aún perjudicando a terceros, debo dejarles claro que se trata de un delito muy grave, so pena de prisión, dado que los daños son de un elevado coste».

Para cuando se dictó sentencia, la escultura de 150.000 libras ya había sido completamente restaurada y ubicada en un nuevo emplazamiento de la sede de la City of London Corporation al que se accede únicamente con cita previa. A Neil Simmons le costó seis meses y 10.000 libras repararla, pero aún puede verse una tenue línea donde la cabeza se rompió. «Se diría», dijo el juez Bathurst-Norman aún sin haber visto la estatua reparada, que «nunca volverá a ser la misma».

Al abandonar la sala y tras haber sido sentenciado a tres meses de prisión, Paul Kelleher, que aquel día vestía jeans azul oscuro y una camiseta blanca con las palabras ‘Pequeño soldado japonés’, parece que se giró hacia el juez y le dijo: «Siento haberle causado este problema», a lo que el juez contestó: «No, no me ha causado ninguno».